

EL TEMOR A LA MUERTE

JULIÁN MARÍAS

Es menester introducir ahora en este estudio una cuestión sobre la cual no hay demasiada claridad, y que me parece esencial: la relación entre el amor y la **pretensión** de inmortalidad; pienso que, aislados, aspectos decisivos de uno y otra quedan oscurecidos, mientras que su aproximación vierte luz sobre ambas dimensiones de la vida.

Por lo pronto, conviene distinguir dos cosas muy diferentes: se confunde a veces el temor a la muerte con el afán de inmortalidad, que son dos actitudes enteramente distintas y conducen a conductas que apenas tienen que ver. El temor a la muerte no es **privativo** del hombre; lo comparte con muchos animales. El animal, en la medida en que se siente amenazado, se encuentra en estado de miedo habitual, y su **predisposición** más frecuente es a la huida (o el ocultamiento). No todas las especies, ciertamente; no es fácil determinarlo respecto de muchas inferiores; por otra parte, los grandes carnívoros y las aves de presa no dan impresión ninguna de vivir sometidos al miedo —más bien lo inspiran—.

En el hombre, el miedo —sobre todo, miedo a la muerte— es probablemente el sustrato de la forma de vida del primitivo, constantemente amenazado por muchos peligros. Pero no en todas las situaciones, porque las cosas humanas son siempre muy variadas y no se puede generalizar. Esta situación del hombre primitivo reaparece también en formas de vida superiores. Hay fases históricas en que el hombre vive en estado de miedo habitual, a diferentes cosas, que se resumen en el temor a la muerte. Claro que el hombre, dotado de imaginación, con múltiples proyectos, puede temer otras cosas, lo que podríamos llamar los males intermedios, pero a última hora, como telón de fondo, está la muerte.

Esto lleva a una actitud que consiste en tratar de evitarla, huir de ella, por lo menos **aplazarla**. Son actitudes constantes en la humanidad, individual y colectivamente. Uno de los ejemplos más patéticos es la ejecución en la guillotina de **Madame Dubarry**, la famosa amante de **Luis XV**, narrada mil veces: Poseída de insuperable miedo a la muerte, tenía el afán de demorar la decapitación y pedía al verdugo que esperara un rato más, un minuto, en una angustiosa petición de aplazamiento de la muerte **inminente** e inevitable.

Pero hay algo más, ya no animal, sino puramente humano, y es la

Fragmento del libro *La felicidad humana*

pretensión: aspiración

privativo: propio

predisposición: tendencia

aplazarla: retrasarla

Condesa Jeanne Bécu Du Barry (1743-1793). Aristócrata francesa guillotizada durante la Revolución

Luis XV (1710-1774). Rey de Francia, falto de inteligencia y de voluntad para el quehacer político.

inminente: que está para suceder prontamente



Grabado de Albrecht Dürer

conciencia que el hombre tiene de la inevitabilidad de la muerte, aparte de toda situación de peligro actual. No sé si en algunos pueblos muy primitivos, con muy corta memoria y un mínimo de imaginación, es así, pero ciertamente lo es en todas las formas humanas conocidas con un poco de precisión, es decir, desde dentro. El hombre sabe que morirá *alguna vez*, y que esto no se puede evitar, aunque no esté amenazado por ningún peligro y no sienta, por tanto, ese *miedo actual*.

Esto depende sobre todo de la imaginación. El hombre tiene una permanente proyección imaginativa, y traslada a la vida propia la experiencia de la muerte ajena. Conoce la muerte de los demás —los ha visto morir o ha tenido referencias de su muerte— y esto lo traslada a sí mismo, por lo menos a su vejez. Es decir, el que no tiene gran preocupación, un temor actual a la posibilidad de morir en cualquier momento, aloja la expectativa de la muerte en la vejez.

Esa es la actitud normal en el joven, que no cuenta mucho con la muerte —aunque piense en ella—, porque le parece algo abstracto. La actitud juvenil por excelencia es la de Don Juan Tenorio: "Largo me lo fiáis". El joven piensa que morirá, pero dentro de muchos años, y no imagina *quién* es el que va a morir, no se identifica con ese viejo inexistente, a quien no es capaz de imaginar; esa muerte será la suya sólo en el sentido de que la persona que morirá será numéricamente el mismo que él, pero no puede imaginarla como propia. En cambio, el que es maduro, o, por supuesto, viejo, se reconoce muy bien en ese que morirá, lo ve como *él mismo*.

Recuérdese la espléndida fórmula *mors certa, hora incerta*, la muerte es segura, pero su hora incierta. Esa muerte, posiblemente lejana, no me está amenazando, pero frente a ella *no puedo hacer nada*. Es decir, si temo a la muerte por alguna razón concreta, puedo hacer algo: huir de un peligro, tratar una enfermedad, hacerme una operación; pero frente a una muerte inevitable, pero no inminente, nada puedo hacer.